

La rebelión de la consciencia

José Luis San Miguel de Pablos

Sumario

Introducción.

1. La realidad incomprendida. De “alma” a “epifenómeno”.
2. La naturaleza del materialismo.
3. Una espiritualidad experiencial y comprometida.
4. “No tienen alma”.
5. El grito del ser.

Conclusión. La Humanidad necesita una visión desbloqueante.

Bibliografía

Introducción

La humanidad se encuentra actualmente en una encrucijada mucho más que económica, que coloca en primer plano los condicionamientos que han conducido a ella y que están impidiendo superarla. Más allá de las causas próximas (el egoísmo individualista, la codicia desenfrenada de los poderosos, el ultracapitalismo...) están las apuestas paradigmáticas de fondo, las concepciones dominantes que constituyen el sustrato de las conductas erróneas. El punto de vista que se expone en este libro es que en la metafísica materialista, en tanto que presupuesto filosófico de la modernidad, reside gran parte de la responsabilidad por las patologías sociales existentes, unas patologías extremadamente graves a cuyo clímax estamos asistiendo. Dejar atrás, por tanto, el espejismo pseudocientífico -y en realidad sojuzgador y bloqueante- del materialismo metafísico ha pasado a ser un objetivo de la máxima urgencia, no sólo “espiritual” sino práctico y de simple supervivencia.

El mundo ha experimentado tales transformaciones que ninguna de las concepciones metafísicas o criptometafísicas a que estamos acostumbrados sirve para fundamentar una guía de conducta con capacidad para sacar a la Humanidad del atolladero. Hay, sin embargo, una idea guía que posee ese potencial: un *noocentrismo*, la consideración de la consciencia como la realidad fundamental y omnirreferencial. En suma, una visión espiritual de nosotros mismos, de la vida y de la Realidad, radicalmente laica y capaz de fundamentar una Ética Universal. Una visión capaz de sustentar de manera coherente la liberación individual y colectiva del ser humano, en armonía con una Naturaleza entendida como de igual importancia. Semejante idea cuenta con una fundamentación racional (que no es en modo alguno sinónimo de “racionalista”) muy superior a la del materialismo.

Las concepciones espirituales -que también pueden ser llamadas noocénticas, ya que sitúan al ser consciente en el punto focal de la realidad- y la espiritualidad, han sido consideradas como ilusiones escapistas que sólo servían para eludir afrontar la problemática real. Esta acusación es difícilmente contestable cuando se contempla la línea seguida por las religiones tradicionales -abrahámicas y no abrahámicas- desde hace siglos, pero falla si se piensa en la religiosidad de un Gandhi y un Aurobindo, de un Teilhard de Chardin, un Luther King y un Ellacuría. Por el lado contrario, la oficialización del materialismo-ateísmo en el “socialismo real” durante décadas, pudo ser un factor que influyó en su degradación y fracaso, desde el momento que era una manifestación de dogmatismo parareligioso; y es, en buena medida, responsable del retorno de unas formas

de religiosidad con marcados rasgos de integrista en no pocos países que conocieron esa experiencia.

Todo esto me ha empujado a escribir este pequeño libro, que se quiere comprometido o, dicho en la lengua de Stéphane Hessel, *engagé*. En la estela marcada por personas como las antes mencionadas, y por otras que o bien siguen vivas, como Leonardo Boff, o bien han fallecido no hace mucho, como nuestros admirados José Luis Sampedro y Hessel mismo, estoy convencido de que resituarse en el centro el **foco de ser**, la consciencia (o el espíritu..., escoja cada cual el término que prefiera) es fundamental para enfrentarse a un sistema que intenta por todos los medios robotizarnos, mecanizarnos y... que nos lo creamos y lo interioricemos. En modo alguno una visión metafísica, el materialismo, basada en el fondo en esa misma concepción, puede ayudarnos. Y sí mantenernos hundidos, o hundirnos aun más, en el pozo del que anhelamos salir. La recuperación de nuestra dignidad y orgullo de SER, de aquello, en suma, que –contando los humanos, por añadidura, con nuestra autoconciencia– compartimos con el resto de la vida del planeta, es la única actitud revolucionaria (o quizás mejor *re-evolucionaria*, como se llegó a reivindicar desde la Puerta del Sol de Madrid en el auge del movimiento 15-M) verdaderamente consecuente y potencialmente eficaz en las actuales circunstancias.

1. La realidad incomprendida. De “alma” a “epifenómeno”.

Fuera y dentro

Rompiendo la blancura insolente de la primera hoja de papel, empiezo a escribir estas reflexiones. Utilizo, y lo seguiré haciendo con frecuencia, la primera persona, lo cual se lleva poco y hasta se considera inapropiado. Debo hacerlo si no quiero ser inconsecuente.

La hoja está sobre la mesa de un café, y mi cuerpo descansa en una silla. Objetos. En el café hay otras personas. Veo sus cuerpos y sus ropas. Observo también sus miradas y oigo sus conversaciones. Una de esas personas se dirige a mí, e intercambiamos unas palabras. Es otro, como yo, que habla conmigo, ¿son, somos, también objetos? Por supuesto que lo son nuestros cuerpos, pero ¿y qué hay de esta luz nuestra de *ser*, que capta los objetos y los da sentido?

La cultura occidental arrastra una dificultad muy seria en orden a tratar con lo único de lo que tenemos certeza absoluta: el fondo del ser de uno mismo, la consciencia propia, y por ende la ajena. Preveo una objeción: ¡pero si tenemos el *cogito*! “Pienso luego existo” es una constatación experiencial con casi cuatro siglos de antigüedad. Pero a la formulación cartesiana le sobra el “pienso”. Existo (*soy*), incluso sin pensar, es más verdadero. El intelectualismo del filósofo francés, que le hizo decir “*cogito*” a la hora de verbalizar su meditación, y llamar *res cogitans* a la interioridad, o lo que es lo mismo al alma del hombre (“único animal pensante”), le impidió percibir lo esencial, que se halla detrás del pensamiento. Y del dolor. Y del goce. Y de la pasión. Y del miedo. Y del ensueño. Y de toda vivencia. Ser, sin más. Pura consciencia, que ni siquiera precisa de objeto focal alguno.

Simplemente: la luz de(l) ser.

La confusión entre consciencia y pensamiento tiene en Occidente raíces antiquísimas, y ahí reside una diferencia fundamental entre las tradiciones filosóficas de Europa y de la India. Suele hacerse remontar a Parménides.¹ Descartes no hizo más que contribuir -eso sí, poderosamente- a reforzar y extender una idea ya muy vieja, con un pilar en el Antiguo

¹ Lo hace, por ejemplo, repetidamente Raimon Panikkar en *De la mística*. La frase de Parménides: “...porque el pensar y el ser son una y la misma cosa” (*Peri fyseos*, III) aparece, sin embargo, un tanto descontextualizada (tal vez por faltar materialmente el texto enmarcante) en el discurso que la diosa Gea dirige al filósofo “allí donde el día y la noche se cruzan”, en lo más profundo del Tártaro.

Testamento y otro en la Grecia clásica: que el alma/espíritu y la razón son inseparables, y que por eso mismo son patrimonio del hombre y nada más que de él. Esta idea, que tiene su origen, a mi modo de ver, en un severo déficit introspectivo, lastra nuestra civilización. Esta idea errónea, quizá el más profundo error de Occidente, ha separado al hombre occidental de la naturaleza, le ha impedido durante largo tiempo intercambiar afecto con los animales y empujado a comportarse cruelmente con ellos, le ha dificultado sobremanera la conexión fluida y sana con su cuerpo y su sexualidad, y ha tenido mucho que ver con ese machismo que tanto está costando superar.

Parece que la mayoría de los filósofos occidentales toman el estado *actual* de su consciencia, cuando se hallan entregados a sus cogitaciones, por la consciencia misma. Personalmente, encuentro sorprendente que no se percaten de que cuando paran de pensar (¡porque es de suponer que alguna vez lo harán!) siguen siendo. Es probable que ello tenga algo que ver con la altísima valoración tradicionalmente asociada a la capacidad pensante. Con la estrecha vinculación, en suma, entre las hipertrofias mental y egótica.

Por otra parte, siempre ha estado presente la tendencia a objetualizar el alma cuando se ha “creído” en ella. Tenía que “ser puesta” en el cuerpo en el momento de la concepción o más tarde, o bien entrar y salir como un soplo o un aliento, etc. En esto, ortodoxias y heterodoxias, creencias mayoritarias y minoritarias, han coincidido, del platonismo al espiritismo, pasando por el catolicismo. Las tradiciones espiritualistas de Occidente parecen incapaces de concebir la consciencia pura, la simple interioridad. Ha de ser una sustancia de un tipo diferente, que interpenetra la sustancia corporal inconsciente ¡y que hasta puede tener peso!

La tendencia objetualizadora no afecta únicamente al alma. También a la vida. Afirmarla en su esencialidad, que puede ir más allá de la vida biológica, es decir, decantarse por el *vitalismo*, se ha asociado tradicionalmente a creer en alguna clase de “fluido vital” que sería el depositario de las propiedades de lo viviente. A esto lo llamo yo *vitalismo sustancialista* el cual no tiene ni ha tenido nunca el monopolio del vitalismo, y mucho menos puede dar cuenta de una concepción que parte de la simple constatación de que la vida incluye un conjunto de rasgos que caracterizan todo un dominio de la Realidad..., de que la vida no es otra cosa que *una fisonomía ontológica*,² la específica de tal dominio. Hasta dónde éste se extiende es cuestión importante y abierta.

² Aquella que implica, entre otras cosas, consciencia.

Esta tendencia puede explicar en parte el éxito del materialismo. Me refiero a la necesidad de “ver y tocar” para poder considerar que algo es real. Este sensorialismo a lo Santo Tomás Apóstol, pese a haber sido refutado por el *cógit*o, es una de las bases -quizá incluso la principal- del método científico en cuya fundación Descartes tuvo, paradójicamente, un gran papel.

Lo paradójico proviene de que lo estudiado por la ciencia natural -ella misma de tradición cartesiana- es únicamente aquello, lo “exterior”, que puede ser corroborado o refutado *empíricamente*, es decir mediante verificación sensorial. Vale decir que el dominio de la ciencia no es *la totalidad* y ni siquiera *la totalidad de la experiencia*, como cree Agazzi,³ sino sólo *la totalidad de la experiencia mediada sensorialmente*, por lo que el *cogito* queda automáticamente excluido.

Descartes, y en especial su concepción de la naturaleza, provoca en mí grandes reservas, pero no cabe duda que distinguía perfectamente la *certeza inmediata* -la del *cogito*- de aquella otra a la que se llega recorriendo un camino. Sabía que si la primera exige atenta concentración pero no efectuar recorrido alguno, es porque ya es meta, y carece de sentido ponerse a dar vueltas alrededor de ella para acabar en el mismo punto, salvo mareo y extravío.

En el *cogito* Descartes rozó la experiencia mística, cosa imprescindible para todo auténtico filósofo, por mucho que escandalice a algunos esta aseveración. Pero no penetró en su territorio debido a que se centró en la mediación (el *Método*) que parte de lo sensorial, de la empiria, y sigue el camino exclusivo de la lógica de no contradicción y matemática. En cuanto al *cogito*, fundamento primero de todo su sistema de certidumbres, lo “aparcó” una vez que lo hubo formulado. Y la ciencia clásica, que se basó en el Método cartesiano, prescindió de él y lo olvidó en la práctica.

De los límites del método y de cómo se derrapa al querer sobrepasarlos

Nuestros sentidos se enfocan sobre el mundo (o la realidad) exterior. Y sus datos van a parar, por vía neural, al foco de consciencia del sujeto. Allí, o más verosímilmente en su inmediato umbral, se sintetizan y elaboran.

³ Ver: Agazzi, E., *Filosofía de la Naturaleza. Ciencia y cosmología*.

Referirse a “nuestros sentidos” supone considerar como extensiones tuyas cualesquiera instrumentos que los afinen o amplifiquen, empezando por unas simples gafas y acabando por los dispositivos más sofisticados. El camino a recorrer es, pues, el siguiente:

Señales sensibles del mundo exterior → instrumental (eventualmente) + órganos de los sentidos → transmisión neural → síntesis sensorial cerebral + elaboración cerebral-mental “gestáltica” → **toma de consciencia**

La desembocadura del proceso perceptivo, la toma final de consciencia, no es “realidad empírica”. Sus correlatos neurales puede ser estudiados empíricamente, sin duda, pero *ella misma* no es fenómeno, desde el momento que se da en el foco óptico desde cuyo “punto de vista” cualquier (otra) cosa es fenoménica.

La cuestión es que son muy numerosos los neurólogos, “teóricos de la mente” y científicos varios que o bien olvidan esto, o bien parecen no haber reflexionado jamás sobre ello. Aunque lo que más consternación, al tiempo que asombro, puede llegar a producir (¡a mí, por lo menos, me produce ambas cosas!) es constatar que algunos, se supone que reflexionando, llegan a las conclusiones del denominado *eliminacionismo*. Los materialistas eliminativos, todos ellos intelectuales altamente valorados, creen que la consciencia no existe, aunque algunos, dando muestra de “apertura”, admiten que se trata de un subproducto o epifenómeno de la función cerebral. Entre los que ni siquiera admiten esto se cuenta el español Martín López Corredoira, que, desde un posicionamiento materialista-eliminacionista estricto, asegura que “los llamados fenómenos mentales son una pura ilusión, una fantasía, nada más que sueños de algo irreal”.⁴

(...)

El eliminacionismo no es sino la forma más extrema del materialismo filosófico. Y hete aquí que, buscando ser absolutamente fiel a su idea paradigmática axial, cae en el absurdo, y al hacerlo deja al descubierto el auténtico fondo de la concepción inspiradora, como una caricatura revela con mayor veracidad que un retrato los rasgos de una personalidad. Pero el abanico del materialismo es mucho más amplio, como es lógico tratándose de una doctrina que ha gozado de tal prestigio durante tanto tiempo, y en el siguiente capítulo se ampliará la panorámica. Trataré ahora de un enfoque que puede iluminar el *pulso*

⁴ López Corredoira, M., 2010, "Algunas respuestas a las críticas al materialismo en el problema mente-cerebro", en: C. Diosdado, F. Rodríguez Valls, J. Arana, Eds., Neurofilosofía. Perspectivas contemporáneas, Thémata / Plaza y Valdés, Sevilla, pp. 129-141.

epistemológico entablado entre el pensamiento científico y *el hecho* de la consciencia. Se trata de la psicología conductista.

El conductismo no niega los contenidos mentales. Pero como los considera inaccesibles a la metodología científica (son la “caja negra”), prescinde de ellos y de su fundamentación en la consciencia individual, para enfocarse únicamente en lo observable y mensurable, esto es en lo conductual. Estamos, pues, ante la paradoja de una escuela de psicología que renuncia a ocuparse de la psique.

La psicología conductista es fiel al método científico, pero lo es menos al sustantivo “psicología”. Y lo que tiene de reveladora viene de ahí, porque muestra que, en un caso así, necesariamente hay que elegir entre la fidelidad al objeto de estudio, considerando como tal a la psique, y la fidelidad a un método como lo es el científico. El conductismo elige ser más “ciencia” al precio de ser menos “psicología”.

En todo caso se trata de una elección a la que, como tal, no se le puede negar coherencia. Otra cosa distinta, en la que no cae el conductismo, es concluir que la consciencia no existe, puesto que admitir su existencia contradiría el método científico, la concepción racional-(ista) del mundo o ambas cosas a la vez. El célebre filósofo Daniel Dennett también es eliminacionista. En su libro *La consciencia explicada*, ofrece una “explicación” que va en ese sentido: como *todos* los considerados datos de consciencia (por la totalidad de los seres humanos, excepto, al parecer, los eliminacionistas) escapan, en cuanto tales, a la posibilidad de control científico, y como todos ellos son además, según Dennett, exactamente reproducibles por programas informáticos, y son observables sólo conductualmente, de ello se desprende que no hay nada más que programas informáticos (la Inteligencia Artificial, IA) y comportamientos exteriores.

(...)

Epistemología y consciencia

¿Qué opinión merecería una teorización científica que fuese incapaz de justificar la existencia de algo acerca de lo cual existe plena evidencia empírica? Seguramente que esa teoría fallaba, que era incorrecta. Y si la misma se fundamentase en una idea-clave que fuera, por así decir, consustancial a ella, lo que pensaríamos es que semejante asunción o *paradigma de base* debía ser abandonado y sustituido por otro capaz de dar cuenta de ese aspecto indudable de la realidad que al anterior “le estorbaba”.

¿Y qué podemos decir de una “ciencia clásica” a la que le estorba... la consciencia? De una ciencia cuyos sectores más acérrimos y, en el fondo, más consecuentes con la concepción del mundo en la que se funda, aseguran que la consciencia no existe, ya que, de acuerdo con sus esquemas, *no puede existir*.

Seguramente también que algo está fallando y que se impone un cambio de paradigma. Pero la cosa no es tan sencilla, porque no se trata tanto de concebir la consciencia de una forma u otra, sino de encontrarle un lugar en un mundo de objetos, que es el que estudian en exclusiva las ciencias hasta hoy. Un rompecabezas verdaderamente difícil de resolver.

(...)

Pero finalmente ¿que demonios es la consciencia?

No me andaré por las ramas.

Es la realidad-en-sí de cualquier ser viviente. El *en-sí* (o *desde-sí*) de cada uno de ellos y, claro está, el *en-mí*, el fondo de mi ser, lo que *inmediatamente* me hace **ser**, sin atributos mentales, sociológicos ni de ningún otro tipo.

Immanuel Kant dijo que de los entes ajenos no podemos conocer lo que en sí son. ¿Por qué? Porque nos es imposible vivir su inmediateidad. Pero esto le pasa, claro, a *cada sujeto*, que quiere conocer desde sí (él mismo... *siendo*).

Esto nos lleva a la pregunta, ineludible en latitudes -o mejor, longitudes- occidentales, de si es realmente necesario presuponer un objeto del cual se tiene consciencia, para poder referirse a esta última. Husserl dijo -y todo el mundo lo aceptó como una verdad inconcusa- que la consciencia lo es siempre *de algo*. Estaría, pues, lo que se conoce, o se quiere conocer, y quien conoce (o trata de conocer). Pero ¿y si (es un suponer) este último se pasa un rato sin tratar de conocer nada? ¿su consciencia entonces se aniquila, deja de ser? ¿Es que acaso muere?

Lo más probable es que se quede dormido, dirán algunos socarronamente. Pero, aparte de que eso no tiene por qué ocurrir, ¿es lo mismo que la aniquilación de la consciencia?

La cuestión es que mientras uno piensa acerca de la consciencia, es consciente por supuesto, pero la actividad de pensar le aleja de la fuente en lugar de acercarle a ella como parecen creer los *pensadores* occidentales típicos. En, o muy junto a la fuente sólo se puede estar en silencio. “Pensar” -el célebre “pensar”..., ese “pensar” que era lo mismo que “ser” para Parménides y que le proporcionaba a Descartes el único testimonio cierto de

que él era- no es capaz de conducir a la evidencia absoluta. Ésta sólo se alcanza silenciosa –y atentamente.

¿No te resulta evidente? ¿Acaso no eres ya consciente de existir? ¿No sientes ya la simple sensación de ser? (...)

¿No te das cuenta ya de que esta sensación de ser es el Espíritu mismo, la Divinidad misma (...)? El Espíritu no aparece en la existencia [de nadie] en un cierto momento, porque es la única constante de la experiencia. Al contemplar atenta, cuidadosamente, la simple sensación de ser –una conciencia sutil, constante y profunda– te das cuenta de que ha estado ahí siempre, incluso desde antes del Big Bang..., pero no porque tú existieras entonces, sino porque realmente eres antes del tiempo, en este momento atemporal (...), este mismo momento, también ahora, por siempre ahora.

¿No experimentas acaso la simple sensación de ser? ¿Quién no está ya iluminado?

Ken Wilber, *Diario*⁵

El que desconoce aun la experiencia de darse, sencillamente, cuenta de que es (y no por mirarse al espejo y ver reflejado en él su cuerpo, sino sólo por ver, u oír, o pensar, o cualquier otra cosa, y *percatarse del testigo a-yóico que “todo lo está viendo”*) no entenderá ni una palabra de esto. Y al que sí la ha tenido -o la tiene cada día- le están sobrando las palabras. Pero es importante, sumamente importante, que esta sencillísima experiencia a la que tan bella como expresiva y... eficazmente nos acerca Wilber, *la experiencia mística básica*, la más genuina en su extrema simplicidad, se generalice, porque sólo así la manipulación a que estamos sometidos, la manipulación de unos seres que se ven -nos vemos- reducidos a cosas, y que va en aumento, cesará radicalmente⁶. Y nos liberaremos.

Ahora podemos empezar a entender por qué el sistema y sus servidores tienen tanto interés en castrar⁷ la filosofía, y en hacerla desaparecer de los planes de estudio. También por qué se ridiculiza la meditación y a quienes la practican.

⁵ Citado en: Ken Wilber, *La pura consciencia de ser*, p. 13.

⁶ Ya que será la raíz lo que se sanará.

⁷ Privándola de su *eros* místico fundamental.

2. La naturaleza del materialismo

En el plano de lo cotidiano, “materialismo” alude a una forma de vida completamente dedicada a los intereses materiales, la preocupación por la riqueza, las posesiones y el lujo. Estas actitudes son alentadas sin duda por la filosofía materialista, que niega la existencia de cualquier realidad espiritual y finalidad no material.

Rupert Sheldrake, *El espejismo de la ciencia*

La importancia del modo de concebir la realidad

El hombre es un *animal simbólico*, lo que significa que toda realidad objetiva, exterior, pasa necesariamente por el prisma de su realidad interior, de su subjetividad, que, por así decir, la “digiere” haciéndola para él significativa. Categorías, síntesis a priori, paradigmas..., son algunos de los conceptos y términos que han sido propuestos para explicar la integración psíquica y operativa del ser humano en el mundo.

¿Se puede acceder a *la realidad tal como es*, simplemente a través de los sentidos? O, en otros términos, ¿puede el mundo ser concebido *como tal mundo* contando sólo con la percepción sensorial y prescindiendo de toda suerte de mediación-interpretación simbólica? Sería esta la pretensión del realismo ingenuo, y es también, en el fondo, la del positivismo. Pero Evandro Agazzi nos recuerda que:

Por largo tiempo, a la ciencia moderna se le escapó el hecho de que lo individual sólo puede ser conocido dentro del marco de un modelo universal. (...) De hecho, ningún elemento de conocimiento consiste en una sensación aislada, ni tampoco en una multiplicidad desordenada de sensaciones, sino siempre en *unidades organizadas* de tales multiplicidades. Por eso, las cosas individuales no son simplemente “átomos” sino más bien unidades organizadas que poseen alguna estructura, forma o *Gestalt*, de manera que “conocer algo” equivale siempre a conocerlo “como *algo*”. Y esto señala justamente la presencia de aquella dimensión unificadora que Platón y Aristóteles llamaban *eidos* y *forma*, y que la psicología moderna llama *Gestalt*.⁸

⁸ Agazzi, E., *Filosofía de la Naturaleza*, p. 32.

Es muy significativo que haya sido dando un rodeo a través de una corriente contemporánea de psicología, la de la *Gestalt*, como Kuhn, el primero,⁹ y tras él otros pensadores, han redescubierto la función epistémica de la “forma” percibida.

Por otra parte, los grandes paradigmas que orientan las distintas ciencias se enraizan en concepciones del mundo, o de la realidad, mucho más vastas, en unas concepciones que son metafísicas sin el menor género de duda. Ciertamente es que, como recuerda también Agazzi, entre los macroparadigmas de carácter metafísico (un carácter que con frecuencia se intenta no reconocer) y los descubrimientos y teorías científicas se dan retroalimentaciones, pues ni puede haber ciencia que no se instale, aunque sea provisionalmente, dentro de alguno de esos grandes marcos dadores de inteligibilidad, ni a la larga estos últimos permanecen incólumes frente a cuanto la ciencia va aportando.

Ahora bien, las *gestalten* organizadoras del conocimiento, los *paradigmas*, desbordan el conocimiento científico exclusivo. Y es lógico que así sea, desde el momento que la ciencia es el referente veritativo fundamental de la sociedad moderna, e inspira en consecuencia prácticamente todos los campos. A lo que quiero ir a parar es a que detrás de las grandes ideas guía -incluso las que organizan la vida social- hay siempre macroparadigmas cuyos núcleos consisten en concepciones metafísicas.

Un macroparadigma, no científico él mismo -aunque haya encontrado una parte importante de su inspiración en las ciencias de una determinada época- sino filosófico y metafísico, y que ha sido fundamental para el nacimiento y desarrollo de la civilización industrial moderna, es el que resume el término “materialismo”.

El materialismo, creencia dominante de la modernidad

Durante tres siglos la filosofía materialista ha sido inseparable de la científicidad; ha sido, de hecho, su trasfondo metafísico. Y al ser reconocida la ciencia como el único acceso fiable a la realidad, sustituyendo a la religión, el materialismo filosófico se convirtió en la concepción del mundo que se daba por descontada en todas las luchas revolucionarias mediante las que se trataba de liberar al hombre, y no sólo a nivel material.

Habrán quienes piensen que está perfectamente claro lo que es el materialismo: no otra cosa que la convicción de que la materia es el sustrato último de “todo”, y que ella y sus

⁹ T. S. Kuhn en su obra clásica *La estructura de las revoluciones científicas* (especialm. cap. 10).

combinaciones pueden explicarlo “todo”, entendiendo por “todo” la totalidad de los fenómenos. La materia sería, por tanto, la realidad última y primaria.

Sin embargo, ya sabemos que la materia atómica no es el sustrato último, y esto los materialistas también lo saben. ¿Entonces...?

No es, en el fondo, un problema demasiado importante. La física nos enseña que la materia atómica y molecular no es la realidad última, ya que los átomos verdaderos no son “simples”, y en tanto que “compuestos” poseen *forma*, estructura. Pero por debajo de ellos están las hoy consideradas partículas elementales, los quarks. Esta podría ser, pues, la materia auténtica y es a ella a la que podría referirse una concepción materialista actualizada. Las partículas subatómicas, elementos materiales cuasi puntuales y “simples” (?), serían por tanto los átomos de Demócrito, puestos en evidencia por los megaaceleradores, como el ginebrino del CERN.

Ciertamente el término “partícula” está de moda, sin que apunte ninguna alternativa terminológica frente a la insistencia mediática en que los físicos están embarcados en la tarea de detectar partículas. El bosón de Higgs (“la partícula de Dios”), sin ir más lejos... ¿Son consecuentes los físicos de altas energías al permitir, o incluso incentivar, la identificación del objetivo de sus investigaciones con “la búsqueda de partículas”? Cabe alimentar dudas al respecto, porque ¿acaso andan buscando las bolitas duras de Demócrito y Rutherford...? ¿No habíamos quedado en que las entidades cuánticas *son onda-y-partícula*? ¿Por qué es tan poco mencionada la faceta ondulatoria? Aunque es verdad que sí se ha hablado de ello al tratar del bosón de Higgs: se ha dicho que se trata de un campo universal que muy difícilmente puede ser observado en su “aspecto partícula”, y que es el causante de que exista la “masa”, la material *propiedad másica*, en el universo.

Se está obligado a concluir que *esta* materia no es la de Demócrito, ni tampoco la que creían conocer bien los teóricos históricos del materialismo. Esta materia, si es que se la puede llamar así, no es precisamente lo más adecuado para fundamentar una filosofía materialista, y es por ello que no son pocos los epistemólogos plenamente racionalistas que abogan por sustituir el término “materialismo” por “fiscalismo”, ya que así pueden pasar a primer plano otras entidades que la ciencia actual reconoce como más básicas que la materia, como la energía, el campo y el espacio-tiempo.

No obstante, el materialismo filosófico sigue ahí, y a veces incluso se le invoca enfáticamente. Parece evidente que aun concita apoyos importantes, cosa que a primera

vista no resulta fácil de explicar, pero la explicación puede haberla encontrado Georges Gusdorf, quien afirma que lo que sobrevive es un materialismo sin materia.¹⁰

Materialismo sin materia

¿Cómo puede ser? Quizás porque el verdadero eje del materialismo actual no es la fundamentalidad de la materia (que supondría enfocarse en una realidad positiva), sino la negación de otra fundamentalidad, la de la consciencia. Cuando no, como hemos visto, de la consciencia misma.

(...)

¹⁰ Gusdorf, G., “Matérialisme”, *Encyclopædia Universalis*, Corpus 14.

3. Una espiritualidad experiencial y comprometida

El reconocimiento de que espiritualidad no implica religión, y de que no es tampoco un subproducto ideológico de la religión o de algunas religiones, sino una dimensión vital más, es algo que últimamente se ha producido de forma natural y sin mayor discusión. Es importante que nos demos cuenta del desbloqueo que esto supone.

Pues es, en efecto, sumamente importante que agnósticos e incluso ateos, como Comte-Sponville y Edgar Morin, constaten -en su interior mismo, y en diálogo con sus iguales- que existe un tipo de inquietud y de *posibilidad de experiencia* que no es reducible al afán de saber (curiosidad científica), a la apuesta metafísica (religión y filosofía) y ni siquiera al impulso altruista de solidaridad, pese a estar vinculado a todo ello. Ciertamente no es fácil definir ese ámbito... Puede hacerse, no obstante, asintóticamente, como sucede, hago notar, siempre que nos confrontamos *con lo vital*, pues no en vano dijo Goethe aquello de “gris es la teoría y verde el árbol de la vida”. Tanteos asintóticos los lleva a cabo, por ejemplo, Stéphane Hessel en su opúsculo *Vivez!*, cuando habla de “lo que está más allá de la inmanencia del mundo de la biología y de la sociedad”, y de “ese dominio, más allá de la vida material, que podemos llamar de muchas maneras, y que nos atrae como si fuese algo a lo que sabemos que tenemos derecho”.¹¹ Tiene, sin duda, mucho que ver con la idea de totalidad absoluta de lo Real, que necesariamente nos incluye –el *englobante* de Karl Jaspers.

Hace un par de décadas se puso de moda atacar con saña a la corriente espiritualista *New Age*, a la vez desde el campo confesional y desde el racionalista. Tanto es así que algunos *media* franceses hablaban de *coïncidence ratio-catho*. Motivos los había, pero no todos estaban igualmente justificados. Era evidente la ingenuidad de algunas creencias extendidas en el citado movimiento, pero no todas sus asunciones eran igualmente ingenuas, aparte de que numerosas creencias de las religiones confesionales o... de los materialistas pueden ser tildadas asimismo, desde fuera, de ingenuas. Era muy criticable el escapismo frente a los gravísimos problemas del mundo actual, pero no se puede negar que la mayoría de los *newagers* han mostrado siempre, al menos, sensibilidad ecológica, y que los intelectuales próximos a esta corriente (Koestler, Wilber, Capra...) ni eran ni son escapistas. De todos modos, si saco ahora a relucir este movimiento es porque deseo

¹¹ Hessel, *Vivez!*, pp. 15-16.

subrayar un acierto del mismo, que no es otro que su denominación misma, NUEVA ERA. Porque si hay algo que está fuera de duda es que la Humanidad y el Mundo están entrando en una era nueva.

Bien es verdad que la transición a la misma se inició hace mucho. Lo hizo con el nacimiento de la ciencia moderna, ¡hace cuatro siglos! Experimentó un impulso importante con la Ilustración, y mucho más a partir del hito fundamental que representó el reconocimiento de que la vida y el universo son un proceso continuo, al fundamentarse científicamente la antiquísima intuición de un devenir evolutivo que compartieron Anaximandro y Heráclito, el Tao y las Upanishads. El inicial rechazo del evolucionismo por las iglesias y una parte de la sociedad -ilustrado por la feroz ridiculización de Darwin, el “científico-mono”- no hizo sino poner de manifiesto esa *tensión esencial* que, como ha señalado Kuhn,¹² crece siempre que un cambio paradigmático está a punto de triunfar, y es mayor cuanto más trascendental es el cambio en cuestión.

Pues, en efecto, no cabe duda de que es el asentamiento de una concepción del mundo evolutiva, que consagra la idea de la unidad dinámica y fluyente de la Naturaleza (el Río de Heráclito), el primer elemento que vertebra el paradigma de la era nueva.¹³

De todos modos, el giro macroparadigmático en marcha tiene un segundo componente de importancia igual o mayor que el primero. Otro componente quizás menos evidente y seguramente también menos asentado, pero determinante. Se trata de la toma de conciencia de *la fundamentalidad de la consciencia misma*, de la interioridad de todo ser humano y de todo ser vivo. Toma de conciencia lenta pero firme, y que se da correlativamente a la creciente pérdida de credibilidad del paradigma mecanicista. Numerosos indicios avalan esta opinión. No todo es egoísmo, están también los movimientos -y las movilizaciones- sociales. Son muchísimas las personas para quienes los demás no son entes ajenos, esos “maniqués que uno ve ir y venir al mirar por la ventana” de que habla Sartre, sino *seres* que, como uno mismo, anhelan vivir una vida plena. No creo que la mayoría de la gente sea insensible. Contradiciendo la opinión, cínicamente interesada, de que cada uno “va exclusivamente a lo suyo”, es un hecho antropológico que, patologías aparte, todo ser humano cuenta *instintivamente* con una pulsión compasiva más grande o más pequeña,¹⁴ fundada en la certeza intuitiva del ser-consciencia del otro, que -

¹² En *La Tensión Esencial*.

¹³ Robin G. Collingwood, por ejemplo, en *Idea de la Naturaleza*, sostiene que la macroconcepción hoy predominante, que él llama “moderna”, se define justamente por la idea de evolución.

¹⁴ Ver, a este respecto, el excelente ensayo de Frans de Waal *El bonobo y los diez mandamientos*.

como dice Lévinas- nos vulnera e interpela. Y hay otro síntoma que no considero baladí. Me refiero a la importancia creciente de los animales de compañía en la vida de muchas personas. Estoy seguro de estar ante un fenómeno antropológico de fondo, que revela, por un lado, una necesidad psíquica imperiosa del ser humano actual, y por otro el inicio de un cambio de largo alcance en nuestra comprensión de la vida no humana. A todo ello me referiré en el próximo capítulo.

(...)

El espíritu en la materia

Más aristotélica que platónica, la idea-guía en ascenso no desprecia la materia. Al contrario, asumiéndola la espiritualiza.¹⁵ De ahí que comprometerse con la vida y con la justicia *aquí y ahora* sea la actitud más consecuente para todo aquel que comprende y comparte el nuevo paradigma espiritual, que apunta asimismo a abolir el divorcio entre lo individual y lo social. Trabajar por la eliminación de las graves disfunciones que afectan a la vida colectiva, al *ser humano colectivo*, es de hecho tan necesario como utilizar todos los medios que uno tiene a su alcance para sanar de una dolencia.

La superación del dualismo cuerpo / espíritu se acompaña necesariamente de otra: la del viejo dualismo religioso de las dos vidas, la temporal y la eterna. Como decía hace poco una monja católica *contemplativa y activa*, en una entrevista que publicaba un periódico catalán: “¿Vida eterna? ¡Claro! Pero en ella estamos, porque esta vida es parte de ella”. La muerte es ciertamente un enorme misterio, pero de aquello de lo que sí sabemos algo, de la vida, cabe decir que es un proceso cósmico y que, al igual que no se limita a una sola individualidad, puesto que están los demás, humanos y no humanos, rodeándonos, precediéndonos y sucediéndonos..., tampoco tiene por qué hallarse limitada a la dimensión “tiempo”.¹⁶ Hay otras dimensiones (o eso es, al menos, lo que dicen los físicos). Y tampoco está de más recordar a Parménides: sólo el ser es; el no-ser, por definición no es; y por tanto el ser lo llena todo. Digna es también de ser tenida en cuenta la opinión de los filósofos románticos, para quienes ser y vida eran una y la misma cosa. El hinduismo upanishádico viene a formular lo mismo diciendo que la vida, como atributo cósmico, no es sino el Ser auto-envuelto en el velo de Maya —el Aparecer mutable.

¹⁵ Como, con lucidez extrema, anticipó Teilhard de Chardin. Ver su obra, ya citada, *El corazón de la materia*..

¹⁶ Y no debemos olvidar que la esencia última de la realidad física está velada para nosotros, como nos recuerda el físico-filósofo Bernard d’Espagnat.

La idea de rotación, hasta tal punto consustancial al Hinduismo que su símbolo es la rueda, evoca no sólo la multiplicidad de los ciclos cósmicos sino también la creencia en la reencarnación. Sobre la realidad literal de la misma no sabría pronunciarme, siendo como soy agnóstico -aunque sea esperanzado- en cuanto se refiere al más allá, pero hago notar que los distintos tipos de creencias acerca de lo que pueda haber “después” dicen mucho sobre cómo sentimos, y cómo siente una determinada cultura, el “aquí”. No es difícil reparar en que las religiones cuya concepción de la vida postmórtem no incluye la reencarnación son más transmundanas, es decir que para ellas esta vida es menos importante en sí que como preparación para “la otra”. Y en lo que se refiere a amarla, pueden hacerlo -incluso hasta el exceso- los “pecadores”, pero no tanto las personas vituosas y fervientemente religiosas (“vivo sin vivir en mí”). La sexofobia católica es una muestra un tanto patológica de esto, como lo es también la “ginefobia”¹⁷ musulmana. Con los reencarnacionistas no es tanto que suceda lo contrario, ya que los creyentes asiáticos tradicionales en la reencarnación anhelan abandonar la rueda del Samsara, y hay en la India corrientes que apuestan por un ascetismo muy duro,¹⁸ pero me parece obvio que una vida y un mundo a los que se vuelve, cobran más importancia. La cosa es más clara todavía entre los nuevos reencarnacionistas occidentales, *newagers* y otros, que simpatizan, casi todos, con el ecologismo y comparten una visión muy positiva de la naturaleza y del cuerpo.

Rasgos del paradigma emergente

Pueden resumirse en cinco, que admiten desgloses:

1. *Naturalista, **evolutivo**, ecológico y sistémico.*
2. *Racionalidad compleja, “no racionalista”. Ética de responsabilidad para con la vida humana, no humana, presente y futura.*
3. *Espiritualidad adogmática, universalista y experiencial. Recuperación de la esperanza.*
4. *No exclusivista ni excluyente, sino inclusivo y reequilibrante.*
5. *Economía al servicio de la gente, con respeto para la diversidad y la libertad, así como para con la vida del planeta.*

(...)

¹⁷ No “odio a la mujer” (misoginia), sino “miedo a la mujer”. En el fundamentalismo, terror incluso.

¹⁸ Siddharta Gautama, que atravesó esa etapa en su camino hacia el Despertar, previene contra esas corrientes.

4. “No tienen alma”

Esta idea [*que los animales son máquinas*] no parecerá extraña a quienes, conociendo los autómatas que puede fabricar la industria de los hombres, considerarán sin dificultad a dichos cuerpos como máquinas que, habiendo salido de las manos de Dios, se hallan incomparablemente mejor ordenadas.

René Descartes, *Discurso del Método*

Por lo menos en un terreno muy concreto es evidente que el materialismo filosófico le ha venido y le viene muy bien al mercantilismo absolutizado. Me refiero a la cuestión sangrante de los animales.

Al evocar este tema no hay más remedio que volver a Descartes, eso sí, sabiendo que los animales eran “cosas” en la práctica -aunque quizás no en la teoría- desde la remota Antigüedad. Aunque no parece que se los considerase como tales en la Prehistoria, pues se puede colegir que la relación cazador-presa en el Paleolítico no era, para nada, idéntica a la que mantenía el recolector de piedras o de leña con los elementos no vitales que recogía. El totemismo y el chamanismo, las artes plásticas de aquel período y los rituales propiciatorios de la caza, mantenidos hasta recientemente en no pocas sociedades arcaicas,¹⁹ muestran que, en el alba de la Humanidad, la mirada sobre el mundo animal no era cosificadora, por mucho que los animales fuesen matados por necesidad y consumidos. Fue la Revolución Neolítica la que, al “inventar” el ganado, cosificó al animal, y de ahí proviene el término castellano *res* (“cosa” en latín) como sinónimo de cabeza de ganado.

René Descartes aportó, ante todo, una teoría justificatoria, la teoría del animal-máquina. Pero no hizo sólo eso, ya que su teorización no se refería únicamente a los animales “de consumo” e “instrumentales” (el ganado), y a las “alimañas”, sino a todos los animales, incluidos los pocos con los que el hombre, algunos hombres, mantenían una relación afectiva. Perros, caballos y gatos principalmente. Es preciso recordar que el mismo Descartes, a fin de demostrar su teoría, sugirió crueles ejercicios (vivisección de perros, por ejemplo) que algunos de sus seguidores llevaban a cabo en presencia de público para que éste superase sus “supersticiones”. Pues, como suele pasar, no faltaron discípulos que superaron en radicalidad al maestro. Así, el filósofo y teólogo Nicolas de Malebranche, quien, de forma escueta, resumió el pensamiento cartesiano acerca del mundo animal

¹⁹ Creo que esta es una buena denominación, puesto que “arcaico” deriva de *arjé*: lo primal y originario.

diciendo que los perros, los gatos y los demás animales comen sin sentir placer, gritan sin experimentar dolor y no tienen conocimiento de nada ni deseos de ninguna clase.

Negarles el alma a los animales no era, por tanto, negar la existencia en ellos de una entidad metafísica etérea. Era negarles simple y llanamente *toda interioridad* y hasta toda vitalidad. Pero negar semejante cosa en unos seres que incluso etimológicamente vienen definidos por el *ánima*, era una pretensión tan excesiva que sólo podía tener dos derivas: 1. Negarle lo mismo a todo el mundo, es decir, también a los seres humanos, eliminando la “teológica” *res cogitans* mediante la cual Descartes trató de armonizar la evidencia de su propia consciencia con el dogma cristiano de un alma creada por Dios para cada ser humano; o 2. Rectificar, y devolverles discretamente el alma (o su significado esencial) a los animales. Las dos salidas suponían romper con la ortodoxia cartesiana, si bien en direcciones opuestas.

Es un hecho que ambas rupturas, entre sí contradictorias, se han producido.

Una frase que hizo fortuna

Es la que da título al capítulo. Porque, pensada para los animales, se aplicó **también** a distintos grupos humanos a los que interesaba aplicarla. Los negros de África, cazados y vendidos como esclavos hasta hace menos de siglo y medio, los “salvajes” de diferentes áreas geográficas y los aborígenes de Australia, todos ellos fueron desposeídos del alma por sesudos varones de raza blanca, con el argumento de que “no se distinguían de los otros animales”. Incluso, en algún momento, se llegó a aplicar a las mujeres. Y transformada en “no tienen alma, porque no existe”, la frase en cuestión se ha convertido en una manera de formular la asunción básica del materialismo.

Descartes planteó que los animales son máquinas, pero dicha teoría enseguida fue reformulada así: *los animales no tienen alma*. Y fue esta reformulación la que se popularizó, asumida y apoyada con auténtico entusiasmo por una Iglesia que desautorizó de hecho a Francisco de Asís.

(...)

Conclusión. **La humanidad necesita una visión desbloqueante**

Lo decisivo es que no hay ninguna ley natural y ninguna ley de la historia que determine en su totalidad la marcha de las cosas. El futuro es una cuestión de la responsabilidad y de las decisiones de las personas.

Karl Jaspers

La necesita para poder cambiar y para que el mundo pueda cambiar.

Todos tenemos creencias metafísicas; otra cosa es que uno sea consciente de tenerlas. Y si no es posible vivir sin ningún trasfondo metafísico, mucho menos se puede actuar. Nadie ha movido nunca un dedo para cambiar el mundo sólo por sobrevivir. Para eso, uno trata de remover obstáculos concretos, pero a quien anhela que el mundo cambie siempre le mueve alguna idea, o algún modo integrador de comprensión, que ineludiblemente cuenta con alguna base de sustentación metafísica, aunque sea remota.

Las religiones y el materialismo filosófico han suministrado esas metafísicas en el pasado, pero son incapaces ya de seguir haciéndolo. Por lo que se refiere a las religiones, lo que ocurre es que no son universales, que no lo es ninguna. En realidad esto no necesita de mayor justificación, ya que resultará obvio para cualquiera que deje un momento aparcado su compromiso confesional, caso de tenerlo. Basta con observar que afirmaciones del tipo “mi religión -o la dogmática central de mi religión- es la verdadera, la única verdadera” se desmoronan ante la constatación de que lo mismo es repetido de manera idéntica por las demás religiones; y la previsible protesta por el “relativismo” de esta observación pierde toda su fuerza al ser formulada asimismo en paralelo, cual si de un eco se tratase, por los seguidores de esas otras religiones rivales.

En lo que se refiere a las religiones, está en segundo lugar el problema del transmundanismo, que ya ha sido evocado. En tercer lugar tenemos el aspecto institucional que, por mucho que fuese un importante factor aglutinante en el pasado y que lo siga siendo hoy superficialmente, la verdad es que no ayuda. Pero todo esto no significa que muchas personas vinculadas a las religiones tradicionales no laboren consciente y eficazmente por el desbloqueo espiritual y la liberación material de una humanidad que ansía *seguir evolucionando*. Esas personas representan a sus religiones respectivas en la medida en que recogen y ofrecen lo que en ellas hay de auténticamente valioso, pero no en cuanto a los “aparatos” y a las dogmáticas. Esas personas son en realidad parte, y parte

importante, del movimiento espiritual de fondo que se ha puesto en marcha, y prueba de ello es lo bien que se entienden entre ellas sin distinción de origen.

En el lado opuesto está el fundamentalismo. Que no es nuevo en absoluto, de modo que si hoy preocupa tanto no es por su novedad sino por sus manifestaciones violentas, y también por ir tan llamativamente a contracorriente de lo que, durante el siglo XX, se creía que era el sentido irreversible de la Historia. Al vincular la verdad absoluta de su religión con la literalidad de los textos, los fundamentalistas apuestan por la muerte, ya que “la letra mata y el espíritu vivifica”.

Y está también el materialismo-racionalismo, que con frecuencia presenta los rasgos de otro fundamentalismo. María Dolores Prieto recogía en *Tendencias21* (“Religiones”) unas palabras del filósofo chileno Luis Razeto Migliaro: “La civilización occidental moderna se fundó sobre la afirmación del poder de la razón y sobre la creencia en las capacidades de las ciencias positivas que aplican el análisis racional a los distintos campos de la experiencia humana. Para hacer surgir y asentar esta civilización, sus creadores debieron llevar a cabo una crítica implacable de las religiones, que habían sido el soporte intelectual y moral de la civilización medieval, que se encontraba en crisis y decadencia. Sucede ahora, sin embargo, en la actual fase de declinar y crisis orgánica de la civilización moderna, que es la razón misma la que está sometida a fuertes críticas, al atribuírsele la responsabilidad de muchos de los males que se evidencian en el marco de esta misma civilización. En efecto, se la responsabiliza de las injusticias económicas de un capitalismo que fue postulado como la economía racionalmente fundada, y también de las opresiones, fanatismos ideológicos y guerras que se han derivado de los estatismos que defendían o defienden que el Estado es la máxima expresión racional del orden social”.²⁰

Y, añadiría yo, se la responsabiliza también de un desbarajuste ecológico que amenaza no sólo a la Humanidad. Pues no puede ocultarse que detrás de este desastre está la praxis promovida por un racionalismo cientificista aquejado de miopía severa, que durante largo tiempo ha estado viendo la Tierra como una finca exclusiva del *Homo sapiens*, coincidiendo en ello, por cierto, con sus rivales eclesiásticos.

El caso es que por un camino u otro hemos llegado a donde estamos. A construir un mundo en el que el control objetual (más que “material”) es enorme, pero al precio de un grado de incomprensión altísimo sobre la noción misma de sujeto, con la inmediata

²⁰ Luis Razeto Migliaro, “Conocimiento racional, creencias religiosas y conocimiento silencioso”, citado por María Dolores Prieto Santana en “La religiosidad de Occidente toca fondo”, *Tendencias21-Religiones*.

consecuencia de apartarlo cada vez más del centro. Y el círculo vicioso entre los paradigmas metafísicos de fondo erróneos y las prácticas, hábitos y estructuras bloquantes, ha ido cerrándose cada vez más. La situación, la vida en muchos de sus aspectos, ha ido volviéndose insoportable para muchos, yo diría que para la gran mayoría, y muchísimos son los que están convencidos de que algo sustancial tiene que cambiar, y también de que no va a cambiar solo. La toma de conciencia tiene que ser seguida por un cambio personal y de comportamiento, y... por “comprometerse” para que las cosas cambien efectivamente, tanto local como globalmente.

Cabe preguntarse, de todos modos, cómo se ha llegado a esta situación: a expulsar del centro del mundo al ser consciente, *al ser que es CIERTAMENTE, al ser que uno mismo es*, y a entronizar en su lugar cosas “que están ahí”, pero que -ellas sí...- podrían en último extremo ser ilusorias, y que pueden -con toda probabilidad- vehicular aspectos y valores ilusorios.

La respuesta apunta en primer lugar, está bien claro, al economicismo. Pero también, sin el menor género de duda, a la metafísica materialista que lo sustenta en sus diferentes formas. Durante un tiempo larguísimo -que llega en realidad hasta el presente- hubo esclavos, hombres y mujeres – cosas. En el capitalismo los trabajadores son “mano de obra” y “recursos humanos”, es decir, de nuevo cosas, como, por cierto, denunció Marx al referirse a *la reificación* de los trabajadores. Pero curiosamente la terminología del socialismo marxista, cuenta por su parte con la conocida fórmula de “las masas”, que remite al materialismo filosófico por el que apostó dicha ideología.

¿Y qué decir que no se haya dicho ya, de la actitud moderna típica hacia la vida no humana? Tal vez que la mayoría de los “pueblos primitivos” manifiestan un grado de comprensión, teórica y práctica, muy superior al nuestro, con toda la racionalidad y educación que se nos supone. Pero no sólo ellos; también las religiones y filosofías tradicionales de la India, que por algo suscitan actualmente el interés de tantos occidentales. Vaya a continuación una cita del maestro zen español **Dokusho Villalba**:

Una ética basada en la sabiduría [*el conocimiento no meramente informativo*] y en la compasión es la mejor medicina para la enfermedad del egocentrismo y la ética individualista asociada a él. El egocentrismo es una enfermedad mental y emocional que reviste carácter de plaga en las sociedades opulentas. El estado mental egocéntrico es producto de un desarrollo psicológico incompleto que tiene como resultado una visión errónea de la realidad. ¿En qué consiste básicamente el

egocentrismo? En creer que el yo es el centro y la cúspide del mundo, y que todos los seres que pueblan el universo, ya sean humanos, animales, vegetales..., medioambientales, etc, están ahí únicamente para satisfacer los deseos del yo. Para la mentalidad egocéntrica, la existencia de los demás seres sólo tiene valor en cuanto que sirve para satisfacer los deseos del yo. El yo es así convertido en Sujeto Absoluto, y los demás seres se ven reducidos a objetos [*relativos por tanto, y subordinados a él*].

La ética de la compasión no es una ética basada en el poder, y ni siquiera en la posesión de una hipotética Verdad, entendida como categoría absoluta. Es una ética que trata de identificar el sentimiento común que subyace en todos los seres vivos: el desagrado ante el sufrimiento y la búsqueda de la felicidad.

La minusvaloración y el ninguneo del ser-consciencia, de lo que constituye el núcleo interno esencial de todo ser viviente, es un rasgo de barbarie de la modernidad, y explica más que ninguna otra cosa su deriva actual hacia un pavoroso callejón sin salida. Uno desearía, a la vista de ello, pasar página..., ¿para recalar en la posmodernidad, en cuyos territorios se comparte una visión parecida? Mejor para contribuir al desbloqueo de la más básica de nuestras intuiciones: la que nos dice que la vida, matriz y sede de la consciencia “desplegada”, es lo único que verdaderamente importa.

(...)